NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS,

PROVERBIO EN DOS ACTOS,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.



NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS.

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS,

PROVERBIO EN DOS ACTOS,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el Teatró Español, á beneficio del primer actor D. Francisco Oltra, el dia 18 de Febrero de 1871.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
GENOVEVA..................	DOÑA ELISA BOLDUN.
CÁRLOS.....................	DON MANUEL CATALINA.
EL DOCTOR..................	DON FRANCISCO OLTRA.
ANSELMO, criado............	DON CIPRIANO MARTINEZ.
UNA DONCELLA...............	DOÑA PIA NAVARRO.

Á EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Te dedico este proverbio ántes de que sea juzgado por el público siempre respetable. Muéveme á tal proceder el haberte oido aprobar completamente mi trabajo y encontrarle acomodado á tu manera de sentir. Es tan raro que tú apruebes, y suelen ser tus censuras tan atinadas, que aunque esta obra no merezca mañana la aprobacion de mis espectadores, yo habré quedado satisfecho al saber que fué cosa de tu gusto, convencido como estoy de que tu gusto es delicado. Ojalá que la gratitud te obligue á pagarme en la misma moneda, porque de este modo habré logrado incitarte á despertar de tu pesado sueño, y es indudable que si esto sucede, han de agradecértelo aun más que yo todos los que desean la prosperidad de las letras españolas.



ACTO PRIMERO.

Un elegantísimo dormitorio de señora. Moviliario lujoso, armario de luna, *toilette*, veladores, secreter, etcétera. Una bomba de cristal colgada del techo, dando una luz velada y melancólica Una cama con cortinaje de raso. Genoveva está acostada y dormida. Al levantarse el telon la doncella estará á un lado de la escena, encendiendo una bujía que habrá en una palmatoria.

ESCENA PRIMERA.

GENOVEVA dormida, la DONCELLA.

DONC. Juraria que han llamado... encenderé por si acaso... así, si viene el amo no hay mas que echar á correr y abrir la puerta. (Va á mirar á Genoveva.) Qué bien duerme! Dias hace que no descansa tan bien como hoy. (Va á mirar un reloj de sobremesa) Muy tarde es ya. (Se va á sentar cerca de la cama.) Aaah! (Estremecimiento de frio.) Cuando aquí hace este frio, la noche debe ser muy cruel. Pero señor, qué calma tiene el señorito! se necesita ser muy... (Comienza á dar cabezadas y se queda dormida. Se oye á lo lejos el reloj de la puerta del Sol que da las tres.) (Despertando.) Llamaba usted, señorita? (Vuelve á inclinar la cabeza y se vuelve á quedar dormida Suenan dos gol-

pes y repique en el aldabon de la puerta de la calle.)

DONC. (Despertando.) Ahora si que han llamado. (Se levanta.)

CARLOS. (Llamando desde la calle.) ¡Rodriguez!

DONC. Este sí que es el amo.

CARLOS. ¡Rodriguez!

DONC. Está llamando al sereno. (Va á la puerta lateral de la izquierda y dice en voz baja entreabriendo.) Anselmo! Anselmo! Baje usted á abrir, que viene el señorito.

CARLOS. ¡Rodrigueeeeez! (Vuelve á sonar el aldabon.)

DONC. Vamos, ande usted, que está llamando al sereno. Yo voy por este lado. (Va al otro lado de la escena, donde está la luz, la coge, y sale. Déjese un espacio de tiempo suficiente, para figurar que Cárlos sube desde la calle hasta el cuarto segundo donde se supone la escena.)

ESCENA II.

GENOVEVA dormida, CÁRLOS, la DONCELLA.

CARLOS. Qué pesados son ustedes! (Viene con carrik y bufanda y va directamente á dejarse caer sobre una butaca, sin quitarse el embozo ni el sombrero. Comienza á quitarse los guantes blancos que trae puestos. Dejándose caer en la butaca, cansado.) ¡Ay!

DONC. Anselmo estaba dormido sin duda.

CARLOS. Buen zopenco está Anselmo. Hace mucho rato que duerme la señora?

DONC. Desde las doce, señorito. (Dan las tres en el reloj de sobremesa.)

CARLOS. Son las tres, eh?

DONC. Las tres.

CARLOS. Señor, si no puede ser!

DONC. Pues en este reloj...

CARLOS. (Mirando el suyo.) Y en el mio tambien. Caramba, caramba! (Disgustado y como pesaroso.)

DONC. Quiere usted algo?

CARLOS. No, nada. (La doncella se marcha. Cárlos se levanta y se quita el carrik y el sombrero. Está vestido de frac y corbata blanca.)

CARLOS. Oiga usted!

DONC. Mande usted.

CARLOS. Deme usted un vaso de agua con unas gotas de azahar. (La doncella se va.) La verdad es que esta vida no es nada buena; pero qué demonios, no lo he podido evitar. Por poco que uno se entretenga... Ay, ay, ay, ay, señor, qué cosas estas! (Entra la doncella con el agua.) Diga usted, Juana.

DONC. Mande usted.

CARLOS. Preguntó mi mujer por mí?

DONC. Esperó á usted desde la hora de comer.

CARLOS. Desde la hora de... ah, es verdad, que yo comí fuera de casa.

DONC. Por eso.

CARLOS. No salió?

DONC. No, señor.

CARLOS. No ha ido al Teatro Real?

DONC. Vinieron á buscarla la señora generala y sus primas, pero dijo que no estaba buena y se quedó en casa.

CARLOS. No estaba buena?

DONC. Ya hace cuatro ó cinco dias que está...

CARLOS. Es verdad, es verdad. Ea, buenas noches.

DONC. Hasta mañana si Dios quiere. (Cárlos se queda mirando muy sério á la Doncella hasta que desaparece.)

CARLOS. Esta chica es muy guapa. (Se frota las manos alegrementea Va á la puerta de la izquierda y dice:) Anselmo!

ESCENA III.

CARLOS, ANSELMO, GENOVEVA.

Anselmo asoma la cabeza por entre las hojas de la puerta. Debe hacer toda la escena sin entrar en el escenario. El público no debe verle más que la cabeza. El actor debe aparecer muy feo. Su rostro debe producir la hilaridad.

CARLOS. Dime.

ANS. Qué se le ofrece á usted?

CARLOS. Ha venido álguien á preguntar por mí?

ANS. Sí señor.

CARLOS. Quién?

ANS. El criado de la señora baronesa.

CARLOS. Calla, animal! (Poniéndole la mano en la boca y volviéndose al mismo tiempo para ver si la voz de Anselmo ha despertado á Genoveva. Desde este momento amo y criado hablarán en voz tan baja que produzca el efecto más cómico posible.)

ANS. El criado de la señora baronesa!

CARLOS. Y qué ha dicho?

ANS. Que si se habia usted muerto!

CARLOS. Qué barbaridad!

ANS. Eso dijo.

CARLOS. Nada más?

ANS. Dice, de parte de mi señora, que si se ha muerto su amo de usted.

CARLOS. Bueno; vete á dormir, estúpido!

ESCENA IV.

GENOVEVA, dormida, CÁRLOS.

CARLOS. Es claro! Una mujer de quien no me ocupo hace ya tiempo, es natural que se asombre de mi silencio. Yo estoy ahora entusiasmado con otra... Ay, qué rendido estoy! (Se deja caer otra vez sobre la butaca. Saca un revolver del bolsillo.) El condenado revolver molesta de una manera... pero ya se ve, como no hay seguridad! (Lo deja sobre un velador. Unos momentos de pausa durante los cuales Cárlos tendido sobre la butaca con las piernas extendidas á lo largo y mirando al techo con la cabeza apoyada en el respaldo, está como recordando sus impresiones de la noche. De pronto se levanta y dice dirigiéndose al público.) Pero hombre, qué bonitas son todas las mujeres! (Pausa.) Y sobre todo la que acabo de ver en el baile... Já! já! já! já! já!... Já! já! já! já!... Já! já! já! já!... (Va graduando las carcajadas de ménos á más, hasta no poder contenerse, y procurando dominarse para no despertar á Genoveva.) ¡Y lo que saben! ¡Uf! Saben de

qué color es el aire. (Saca una carta del bolsillo.) Esta carta no se paga con ningun dinero. No, no es esta. (Buscando en todos los bolsillos.) Demonio, yo tenia dos cartas ayer tarde. (Leyendo.) «Querido Pelin...» Yo me llamo Cárlos Mandron, pero en las cartas me llamo Pelin, así no hay peligro aunque se pierdan ó las pesque aquel caballero. (Vuelve á leer.) «Querido Pelin...» grrr! (Riendo.) Mire usted que habérsele ocurrido llamarme Pelin... ¡grrr! Pelin, Pelin! (Como si llamára á un bicho.) Parece nombre de gato! (Leyendo.) «Querido Pelin.» »Si Cándido no me doblara la edad; si su proceder con»migo no hubiera sido siempre *egoita...*» Aquí falta una s, pero supongamos que dice egoista. (Leyendo.) «Egoita y ocasionado á mi antispatía...» Ya pareció la s; no se ha perdido nada, «á mi antispatía; si su boda »conmigo no hubiera sido un pretexto para apoderarse »de mi dote; en una palabra, si yo no fuera tan des»graciada desde que mis padres se empeñaron en que »me casara á su gusto y no al mio, de ninguna mane»ra le hubiera permitido á usted escribirme y hablar»me secretamente. Nada hay todavía...» Y este todavía? Este todavía vale un imperio. «Entre usted y yo, »pero si por esas fatalidades tan *frecuetes...* frecuentes, »en la vida yo he de ser lo que la indignidad de Cándido »provoca...» (En este momento tose ligeramente Genoveva. Cárlos oculta rápidamente la carta y se queda parado un momento mirando hácia la cama. Despues va de puntillas á mirar á su mujer, que continua dormida.) Duerme como un liron. (Leyendo.) «Ay, amigo mio! Por qué le he conocido á usted! Por»qué le he encontrado en mi camino? Debo sentirlo, »debo arrepentirme de ello, porque la verdad es que »mi voluntad ayer tan firme, cede ante la fuerza de la »simpatía. Sí, á qué negarlo? Ya puedo atreverme á re»petir á usted las palabras de la heroina de cierta no»vela. Tú puedes hacer dichosa una vida infeliz; tú »eres acaso quien me adivina y me compadece; tú esti»timas en mucho lo que él tiene en tan poco; mi cora-

»zon está triste y desamparado.» Oh, esto es muy bonito. Esto es muy delicado. Esto no es de novela por entregas, no señor, esto es suyo. (Repite de memoria.) «Tú harás dichosa una vida infeliz; tú me adivinas y »me compadeces; tú estimas en mucho lo que él tiene »en tan poco; mi corazon está triste y desamparado.» Si me lo voy á aprender de memoria! Válgame Dios! Cuando uno piensa que todo esto es mentira! Sí, Carlitos, sí, no te pongas hueco, todo esto es farsa pura. Yo amo á mi mujer, á mi pobrecita mujer, que es tan buena... y ella á mí; no tenemos hijos, no hay lazo que apriete nuestros dos corazones, y tal vez por eso me permito yo estas picardigüelas; pero indudablemente estas picardigüelas van á durar poco. Esta mujer, que me escribe de esta manera, me gusta y me hace gracia, pero su falta de franqueza me repugna. Yo quiero que hasta el crímen sea franco y abierto; porque, qué demonios! en el mundo, como dijo el otro, no hay más que dos clases de mujeres; las buenas y las malas; ó Mesalina ó Artemisa, ó la virtud ó el vicio, ó mi mujer ó la agena. He observado que en el mundo todos los cobardes las echan de bravos, y todos los bandidos viajan con pasaporte. Cuando yo me dirijo á una mujer, á la más leve indicacion conozco si la conquista es ó no fácil; la verdadera virtud es grosera de puro indomable, y la mujer que oye una palabra mal sonante está dispuesta á oirlas todas. *No insista usted*, quiere decir *«atrévete» porque te he conocido*! significa *«no temas:»* y en fin, el delito tiene tambien su arte poética, y la dignidad es heróica hasta el martirio. Yo me encuentro con una jóven inexperta, que empieza por darme disculpas de su ligereza... Muy bien, perfectamente, mi mujer no sabrá nada, me habré divertido y viva la Pepa! (Va á coger la bujía.) Pues señor, vámonos á dormir, que ya es hora. (Al pasar por delante de la cama se detiene para mirar á Genoveva.) Duerme en paz, vida mia, esposa modelo, dulce compañera, ángel

de mi hogar, dulce encanto de mi vida. Decididamente esta es la última traicion que te hago. (Al público, pero sin moverse del sitio donde se ha detenido.) Una mujer jóven, hermosa, que no tiene caprichos, ni parientes, ni amigos. Que sólo piensa en mí... Estoy seguro de que sueña conmigo; que no tiene más pensamiento que su casa tranquila, ni más deseo que hacerme dichoso!... Verdaderamente es una picardía venir á estas horas, olvidarla así, dejarla sola, y triste, y enferma... y juro á fe de Cárlos... qué egoista es el hombre! (Mirándola extasiado.) Pobrecilla! Qué sueño tan tranquilo! Qué frente tan serena! Qué encantadora paz! Qué alma tan hermosa! Tú no sabes aún cuanto te amo yo, libertino y todo! Cuánto te agradezco el cariño que pones en mí, pensando en mí tan sólo, en tu Cárlos de tu alma!

GENOV. (Soñando.) Federico! (Dígase como si el sueño fuese muy agradable, pero sin violencia ni esfuerzo. Hay momentos de pausa, durante los cuales Cárlos se queda asombrado, inmóvil, confundido ante lo inesperado del sueño que acaba de sorprender. Baja al proscenio, deja la luz sobre un velador, vuélvese á quedar pensativo, pero demostrando el dolor que le ha producido oir aquella palabra. El rostro del actor debe reflejar todo género de dudas.)

CÁRLOS. Ha dicho... Ha dicho... Federico? (Vacila un instante y va corriendo á la cama para llamar á su esposa.) Genoveva!... (Genoveva sigue durmiendo. Cárlos vuelve á bajar al proscenio diciendo.) No, qué iba yo á hacer? Qué es esto? Qué es esto, Cárlos? Qué impresion es esta tan desagradable que en un instante te ha herido el alma como de muerte? (Pausa.) Federico? Quién se llama Federico? No tengo ningun amigo que se llame así, ni ella tampoco, que yo sepa. (Márquese mucho este «que yo sepa.») Federico? Federico? Quién es? Quién! No lo sé, vamos, no sé quién es. Me ahogo... no tiene hijos, no tiene amigos, no sale de su casa...; es decir, sino... yo no puedo saberlo todo... yo ignoro tal vez... yo... (Va hácia la cama con rabia; se detiene; vuelve á bajar;

piensa un instante: se dirige corriendo hácia la puerta por donde se marchó la Doncella.) Juana! Juana! (Entra. Vuelve á poco trayendo á la Doncella cogida de una mano.)

DONC. Qué es eso, está peor?

CARLOS. Sí, estamos peor.

DONC. Tambien usted?

CARLOS. Diga usted, Juanita.

DONC. Qué, señorito?

CARLOS. ¿Cómo se llama aquel caballero que trajo á mi mujer una visita de parte de sus primas, las que están en Valencia?

DONC. Aguarde usted... (Pensando.)

CARLOS. Vamos, recuerde usted.

DONC. Se llama, se llama, ah, sí!... don Fe... liciano...

CARLOS. Bueno, basta. Y aquel otro que nos presentaron hace pocos dias?

DONC. El militar?

CARLOS. Sí; Roldan.

DONC. Eso es, Roldan.

CARLOS. Pero, el nombre!

DONC. El nombre... el nombre...

CARLOS. Á ver...

DONC. Ah si, don Bernardo.

CARLOS. Ah, bien, bien. Y aquel otro...

DONC. Cuál?

CARLOS. Ninguno. Váyase usted á dormir. (Queda pensativo.)

DONC. (Me parece que el amo viene de cenar.) (Se marcha.)

CARLOS. (De pronto.) Oiga usted!

DONC. (Volviendo.) Mande usted.

CARLOS. Cómo se llama el vecino del cuarto segundo?

DONC. Don Serapio Martin.

CARLOS. Y el del tercero?

DONC. Es una viuda: doña...

CARLOS. Y el del cuarto bajo?

DONC. Ese es don Aniceto Ferminez.

CARLOS. Y el portero? Digo, no, es decir, no digo eso, sino...

DONC. Cuál decia usted?

CARLOS. Decia... el... (Con desesperacion y aparte.) (Pero qué estoy yo preguntando nombres cuando yo no me llamo Cárlos, que me llamo Pelin!)

DONC. ¿Decia usted?

CARLOS. (Con mal humor.) Nada! Juana, tenga usted entendido que yo no perdono ninguna falta á los criados.

DONC. Señorito, yo procuro...

CARLOS. Que no quiero que se me oculte nada!

DONC. Yo...

CARLOS. Todo lo que pasa en mi casa lo sé yo, no es cierto?

DONC. Seguramente.

CARLOS. Pues ea... buenas noches.

DONC. (Con mucha picardia, aparte y haciendo un gesto cómico.) (Está escamadito!)

ESCENA V.

GENOVEVA, dormida, CÁRLOS.

Hágase toda esta escena lo más dramática posible.

CARLOS. Me estoy muriendo!! (Se deja caer sobre una silla.) De qué le sirve al hombre la inteligencia, de qué el talento, de qué el estudio y la observacion y la ciencia adquirida, si no sabe ni puede leer en el fondo de un alma? Si oye soñar á su mujer y no puede adivinar lo que sueña! Hombre orgulloso, rey de lo creado, explorador constante, Prometeo insaciable, tú horadas los montes y surcas los mares y aun hiendes los espacios; aherrojas las fieras, conquistas las naciones, destruyes y levantas y pueblas y arruinas; arrebatas el rayo al cielo y bajas hasta el fondo del mar á buscar la perla ignorada; conoces los secretos de la madre tierra, no hay para tí misterios ni escollos; sabio y poderoso, cuanto alienta es tuyo; tuyo es el mundo que á tu saber se inclina; pero ay mísero y triste, que con tanto saber y con progreso tanto no puedes ni podrás, por más que lo intentares, leer á través de una frente serena los pensamientos del alma escondida; no lograrás, tú que

lo sabes todo, saber de quién son los latidos medrosos de un corazon que sueña enamorado! (*Una pausa larga.*) Federico! Quién es? Quién es? Si á lo ménos hubiera dicho Federico Perez! ó Federico Angulo! ó Federico cojo! ó Federico tuerto!... Pero no; no ha soñado á voces más que el nombre... lo suficiente para que la duda haya venido á llamar á mi puerta... Oh! Y ahora está hablando con él... le está diciendo algo... acaso me maldicen... acaso le dirá que le ama; paréceme que oigo sus palabras dulcísimas. «Tú harás dichosa una »vida infeliz; tú eres quien me adivina y me compadece; »tú estimas en mucho lo que él en tan poco; mi cora- »zon está triste y desamparado...» sí... eso le dirá, eso... y sonrie... sonrie... ¡ay! y si la despierto ya no sabré nada, y si espero á oir más, se callará, porque aun el sueño del delito es cobarde y medroso... y pensar que ahora mismo sonrie para otro... no, no sueña para mí, no soy yo la grata vision que aparece en la soledad de la noche y encanta y fascina... Dios mio... aquí, en este dormitorio, hay una sombra, una sombra que revolotea en torno del alma idolatrada, que la envuelve en efluvios de amor y en suspiros que vienen de lejos... y esta sombra impalpable, invisible y fascinadora, viene aquí á robarme el amor, y la paz, y la felicidad y la vida!... Dios mio, Dios mio!... esto es horroroso!... (*Cae sollozando sobre el sofá, cubriéndose el rostro con el pañuelo. Despues de una pausa y como asaltado de una idea repentina.*) Ella es descuidada:.. (*Comienza á revolver con precipitacion febril todo lo que hay sobre las mesas. Abre los cajones de la cómoda y del escritorio, en una palabra, registra el cuarto, pero rápidamente y tirando al suelo lo que le estorba ó no sirve á sus indagaciones.*) Si hubiera aquí algun rastro.... (*Encuentra un papel.*) Eh? (*Lee.*) «Querida Genoveva, esta noche iremos á buscarte...» Ah, es de su amiga Luisa. (*Encuentra otro papel.*) Qué es esto? Un patron. Daria la vida por encontrar algo que me indicara... algo. . algo... Ah! Aquí... (*Lee.*) «Camisas, diez,

»calcetines, cuatro, enaguas...» es la cuenta de la lavandera. Nada, Dios mio, nada! Á ver si entre las tarjetas... aquí estarán todas sus relaciones... (Coge un joyero donde hay muchas tarjetas, arrojándolas al suelo conforme las va pasando. Hágase muy de prisa.) «Antonio Vargas, Juan Gor, Pedro Brun, Ricardo Alán, Leonardo Jimenez, El Brigadier Martin, La Condesa del Buey, Julio Andárus, El general Sinfé, Cárlos Juan y señora, Bernardo Roldán, La viuda de Perez, Federico... Atarés... presbítero,» no, este no puede ser. «Benito Losada, Cárlos Pradas, Felipe Antunez, Federico Pardiel...» ah, no, si es mi suegro... soñaria con su padre? No; hubiera dicho ¡papá! hubiera dicho... nada, nada, nada, nada, es cosa de volverse loco... (Va corriendo á la puerta de la derecha.) Anselmo! (Vuelve á aparecer la cabeza de Anselmo. Esta vez habla tan baja que no se le oye lo que dice, hasta que Cárlos le manda alzar la voz.) Tú que eres listo. Quién viene á casa que se llame Federico? (Anselmo gesticula como si hablara en voz baja.) Qué dices hombre? (Incomodado.)

ANS. Digo que nadie. (En voz muy baja.)

CARLOS. Nadie, nadie?

ANS. Pero en casa hay quien se llame así.

CARLOS. Quién?

ANS. El cochero. (Le da un puntapié à la puerta y la cierra, dándole con ella en la cabeza à Anselmo.)

CARLOS. Ay, Cárlos! No más, no más enredos, no más traiciones, no más picardías. (Reflexiona un momento y luego dice:) Y si despues de todo me inquietara sin motivo? Ello es que como no tengo la conciencia tranquila, la menor cosa me alarma y... já, já, já! Es claro! Como soy el señor de Pelin... já, já, já! Me parece que he pasado un mal rato sin causa bastante. La verdad es que se sueñan unos disparates... yo soñé anoche que me habia comido á mi suegra... y que me alegraba mucho. Y el otro dia soñé que el Cid Campeador habia puesto una peluquería y me estaba rizando el pelo... já, já,

já, já! Vaya usted á saber... (*Vacila unos instantes y vuélvese á poner triste.*) Sin embargo... ese nombre... no, no. no puede ser. Mi mujer es tan buena! No soy yo, sino Madrid entero quien lo dice... sus amigas, sus conocidos, sus criados, sus vecinos... Es religiosa, está bien educada, su padre es un Caton... no, no puede ser. Sueña alguna tontería, hay en ella algun fantasma que se llama... así... bah, bah, mis pecadillos me han vuelto receloso. (*Coge la luz otra vez; vuelve á detenerse delante de la cama.*) Duerme, bien mio, duerme, que mientras tú duermes mi corazon te vela. Duerme feliz y sueña cuanto quisieres, que los sueños de un ángel nunca pueden ser criminales. Pura es tu sonrisa, dulce tu sueño, más que despierta te adoro yo dormida.

GENOV. (*Soñando y con pasion.*) Federico! Federico mio!

CARLOS. (*Vuelve á manifestar el mayor asombro. Da un grito ahogado y va corriendo á coger el revolver que está sobre el velador. Corre con el arma levantada hácia la cama, pero al llegar se detiene, el revolver se le cae de las manos, lleva entrambas manos á la cabeza, y abrumado por la pena, flaqueándole las piernas, baja vacilante y llorando al proscenio dejándose caer de bruces sobre un sofá y mesándose los cabellos. Mientras cae el telon dice con voz entrecortada por el llanto.*) ¡Ay! Pobre de mí! Qué horrible es la duda!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un comedor. La chimenea rebosando de leña. Los criados están poniendo la mesa. Son tres; Anselmo y una Criada ponen el servicio. La Doncella está viéndoles.

ESCENA PRIMERA.

La DONCELLA, ANSELMO, la CRIADA.

ANS. Ea, ya está puesta la mesa.
DONC. Ha puesto usted el café?
ANS. Pues no lo ve usted? (Enseñándole la maquinilla del café, que está encendida en una mesita aparte.)
DONC. Bueno. La señorita no puede tardar.
ANS. Qué tal ha pasado la noche?
DONC. Supongo que bien.
ANS. No ha velado usted?
DONC. El señorito es el que ha velado.
ANS. Ya, ya.
DONC. Muy madrugador está.
ANS. Como que no se acostó.
DONC. Ah, no?
ANS. Ha pasado la noche en vela.
DONC. En el dormitorio de la señora se detuvo muchísimo

rato.

ANS. Pues luego al amanecer, entró en su cuarto, y allí empezó á dar unos paseos...

DONC. Estaba muy inquieto, verdad?

ANS. Yo le diré á usted. Como el amo es cazador, yo creí que trasnochaba para salir al amanecer al campo, y me puse á limpiar la escopeta.

DONC. ¡Ah!

ANS. Y entónces me dijo... dice, Anselmo, te doy cinco duros si me pegas un tiro.

DONC. Jesus!

ANS. Y en seguida se echó á reir exclamando; no hagas caso, estoy distraido, no sé lo que me pesco.

DONC. De modo, que ni pescaba ni cazaba.

ANS. Eso es.

DONC. Y usted no ha podido cazar?

ANS. ¿Yo? Pocos habrán cazado más. Una vez salí en tiempo de veda y maté...

DONC. Mató usted mucho?

ANS. Sí. Maté á un guarda. Y si no le maté, faltó poco...

DONC. No me ha entendido usted, Anselmo.

ANS. ¿Por qué?

DONC. Preguntaba yo, si ha podido usted cazar lo que le pasa al amo...

ANS. Ah, no sé. Él estaba muy curioso anoche. Me preguntó quién se llamaba Federico...

DONC. Ah! (Sonriendo picarescamente.)

ANS. Qué querria saber?

DONC. Figúrese usted!

ANS. No sé...

DONC. Quiere saber sin duda quién es un Federico...

ANS. Ah! Ah! (Como adivinando.)

DONC. Pues!

ANS. Y usted lo sabe?

DONC. Sí.

ANS. Quién es?

DONC. Como la señora no me ha encargado el secreto, no

tengo por qué ocultarlo.

ANS. Quién es, quién es?

DONC. Pues es... (Va á hablarle al oido. En este momento entra Cárlos. Los criados disimulan.)

ESCENA II.

DICHOS, CÁRLOS.

CARLOS. Vamos. (De mal humor.)

DONC. Aviso á la señora?

CARLOS. Sí. (Con sequedad y sin mirarla.)

ANS. (¿Conque hay *intríngulis*!) (Se marcha.)

ESCENA III.

CÁRLOS.

Va á sentarse junto á una puerta lejos del proscenio y como distraido. Mira al suelo y despues de unos momentos de reflexion, dice:

Que al oirme sollozar, despertó y me vió, no tiene duda. Que yo disimulé mi desesperacion y la saludé como si acabara de llegar de la calle, tampoco tiene duda; que al acercarme para darle las buenas noches ví que tenia un papel apretado en la mano derecha... oh eso lo ví muy bien, y no podria negármelo... Es decir... que ademas de soñar... lo que soñaba... se habia quedado dormida con el perfumado papel entre los dedos... oh! (Se levanta.) Habré disimulado bien? Sabré indagar sin descubrirme para poder condenar con pruebas? Y hay que obrar con cautela, porque para negar no hay como las mujeres... Cuando me acuerdo de aquella Serafina á quien yo visitaba en la calle del Biombo... nos encontró el marido hablando en la escalera... al anochecer; este hombre es tu amante! dijo. No! respondió ella; pues no ves que es el casero? y al oir esto echó el otro á correr escaleras abajo... Si yo

no disimulo, soy perdido... negará, negará! Con qué pasion le llamaba soñando! Diez minutos despues de aquella horrible revelacion, roncaba! Roncaba! Se necesita ser muy criminal para roncar con ese descaro!

ESCENA IV.

CÁRLOS, GENOVEVA, viene vestida de mañana con elegancia y sencillez. Entra en escena tarareando y se dirige á la chimenea arrodillándose delante del fuego y acercando las manos, que se restriega de cuando en cuando.

GENOV. (Cantando.) Scherzo di folia
si fatta profezzia
ma come fa da rídere
la lor credulitá!

(Cárlos la mira de hito en hito entre amenazador é irónico.)

CARLOS. Dios te guarde, mujer.

GENOV. Ay, que estabas ahí! Perdona, hombre, si no te habia visto! Cómo tan madrugador?

CARLOS. No he pasado buena noche.

GENOV. Si este tiempo pone malo á cualquiera. Ah haah! (Estremecimiento de frio.) Ea, vamos á almorzar? (Levantándose.)

CARLOS. Vamos allá.

GENOV. (Cantando.) Ma come fa da rídere
la lor credulitá.

CARLOS. (Francamente, si supiera que se está burlando de mi...)

GENOV. Qué mala cara tienes! Estás malo?

CARLOS. No te digo...

GENOV. (Dándole un empujon como de broma.) Qué tienes, hombre?

CARLOS. Nada, mujer, nada! (Impaciente.)

GENOV. Jesus, hijo, y qué raro eres. (Masca y canta al mismo tiempo.)

CARLOS. Qué alegre es tás!

GENOV. Hoy estoy mejor.

CARLOS. Has dormido bien?

GENOV. He estado soñando toda la noche.

CARLOS. Hombre! Y qué has soñado?

GENOV. Mil sandeces. Já! já! já!

CARLOS. Sí, eh? (Alarmado.)

GENOV. Já! já! já! já!

CARLOS. (Cuando digo que me está quemando la sangre!)

GENOV. Já, já, já, já, já... grrr! (Tiene que dejar de almorzar y apretarse la boca con la servilleta, y despues el costado porque no puede contener la risa.)

CARLOS. Pero que era...

GENOV. Una porcion de cosas.

CARLOS. Pero las cuentas ó no? (Irritado.)

GENOV. Hombre, á que te vas á enfadar porque me ria!

CARLOS. Tales cosas pueden ser...

GENOV. Ah, pues si te vas á disgustar me callo. (Cárlos da un golpe con el puño de un cuchillo en un plato y le rompe con gran estrépito. Genoveva da un chillido agudísimo y quédase suspensa como si le fuera á dar un accidente. Hágase con la mayor verdad esta transicion. Cárlos se asusta. Los tres criados acuden corriendo á Genoveva.)

CARLOS. Qué es eso? Te pones mala? Genoveva, hija mia! Á ver, corra usted, tome usted un coche, vaya usted á buscar al médico! (La Criada se marcha corriendo. Genoveva bebe un vaso de agua que le da la Doncella.)

GENOV. Hijo, qué cosas tienes! Sabes lo delicada que estoy...

CARLOS. Perdona, mujer, perdona, yo soy tan arrebatado... pero es muy duro. es muy duro!

GENOV. El qué?

ANS. (Á la Doncella.) No se lo dije á usted que el jamon estaba muy duro?

CARLOS. Justo! Está durísimo! (Por vida de!...) Pasó?

GENOV. Sí, ya pasó.

CARLOS. Pues á almorzar... y cuéntame esos sueños.

GENOV. Si no tienen nada de particular. Mira, primero soñé que te habias ahorcado en mitad de la Plaza Mayor... Já! já! já!

CARLOS. ¿Yo?

GENOV. Figúrate qué tontería! Yo lloraba mucho, pero ahora que lo recuerdo me hace gracia... Já! já! já!

CARLOS. (Nada! Se está burlando!) Conque te hace gracia, eh?...
GENOV. Pues hombre, es claro. No hay más que ahorcarse sin motivo?
CARLOS. Y eran esos los sueños agradables?
GENOV. No, los agradables eran otros.
CARLOS. Á ver, á ver?
GENOV. Soñé...
CARLOS. Qué...
GENOV. No te lo digo.
CARLOS. Entónces no será cosa buena.
GENOV. Quién sabe!... (Riendo.)
CARLOS. Y yo lo debo saber.
GENOV. Ah, curioso!
CARLOS. No tengo ese derecho?
GENOV. Segun.
CARLOS. Cómo segun.
GENOV. Hay cosas... de cosas.
CARLOS. Tienes tú secretos?
GENOV. Tal vez.
CARLOS. Genoveva! (Poniéndose de pie y muy serio.)
GENOV. Cárlos! (Haciendo lo mismo. Bajan al proscenio mirándose de hito en hito. Genoveva tiene las manos en los bolsillos.)
CARLOS. Conque es decir que tienes secretos para tu marido?
GENOV. Todo pudiera ser.
CARLOS. Y si no lo fueran?
GENOV. Por qué lo dices?
CARLOS. Y si yo supiera tanto como tú?
GENOV. No te entiendo.
CARLOS. Qué tenias en la mano anoche?
GENOV. Dormida?
CARLOS. Dormida.
GENOV. Lo viste?
CARLOS. Lo vi.
GENOV. Entónces no lo puedo negar.
CARLOS. Era una carta.
GENOV. Una carta era. (Con resolucion.)
CARLOS. Confiesas?

GENOV. Sí!

CARLOS. La exijo!

GENOV. Tómala. (Sacando la mano del bolsillo y en ella la carta. Cárlos se la arrebata iracundo y lee:)

CARLOS. «Querido Pelin:» Ah!! (Estrujando la carta entre las manos y quedándose confundido.)

GENOV. Estás satisfecho? (Irónica.)

CARLOS. Esta carta no es para tí.

GENOV. Como que es para tí.

CARLOS. Tampoco.

GENOV. (Cogiéndole la carta y leyendo.) «Querido Pelin; te llamo así segun hemos convenido.» Es para tí?

CARLOS. No. Quién te la ha dado?

GENOV. Tú.

CARLOS. Yo!

GENOV. Tú; que nuestro propio carácter es siempre nuestro peor enemigo. Eres distraido; haces mal en ser criminal.

CARLOS. Pero...

GENOV. Me diste ayer la levita para que Juana le pegara un boton.

CARLOS. Sí.

GENOV. Yo quise ocuparme en servirte... y para muestra basta un boton; verdad, caballero?

CARLOS. Y quién te manda registrarme los bolsillos?

GENOV. Hijo, eso no se puede remediar.

CARLOS. Pues me gusta.

GENOV. Si soy mujer!

CARLOS. (Vamos á ver, y ahora con qué derecho la riño! Maldita sea la!...)

GENOV. Cárlos, no se hable más de esto.

CARLOS. Eh?

GENOV. Te conozco en la cara que te pesa haberme faltado.

CARLOS. Yo...

GENOV. Y si no te pesa, peor para tí.

CARLOS. Por qué?

GENOV. Porque será que te agrada lo repugnante.

CARLOS. Qué dices?...

GENOV. Amas á esta mujer?

CARLOS. No.

GENOV. Puedes amar á quien te ama á traicion? Nada, nada, no la amas. No sé quién es, pero no merece mis celos.

CARLOS. Genoveva...

GENOV. Cómo debiera castigaros la suerte! Qué mal estimais la propia ventura! Mira, yo no soy literata, pero podria probarte que el hombre es un desdichado sin gusto y sin delicadeza.

CARLOS. Por qué?

GENOV. Porque casi nunca sabe apreciar el corazon que le damos.

CARLOS. (Á que me convence?)

GENOV. Somos como las flores; como ellas delicadas; como ellas infelices.

CARLOS. (Se me está poniendo carne de pollo.)

GENOV. (Cogiéndole por la mano y adelantando un paso hácia el proscenio.) Brota una violeta en un sendero; flor silvestre de aroma delicado, y nadie la ve ni repara en ella; ni el caminante se detiene á cogerla ni el campesino estima su belleza; pasa la cabra montés pastando descuidada y la devora sin piedad confundida entre yerba y romemero; nace la fresca rosa en el rico jardin espléndida en color, exuberante de perfume, y más afortunada que aquella, pasa á ocupar el lugar preferente en el ramillete que ha de perfumar el tocador de la gran señora, pero no tarda en morir ya ignorada y caida, ya desprendida de los rizos de una mujer entre la algazara de un baile; nace la camelia pura y delicada al dulce calor del invernadero, como si fuera su destino vivir para ser deseada y querida; y á la tarde marchita y hermosa, se inclina sobre el tallo y muere sin que nadie haya pensado en ella; fué gala de un dia, ornamento de lujo, nació y murió desamparada y sola. Flores de un dia, bellezas pasajeras, muy pocas son las que guardamos siempre como prendas de amor ó

como recuerdos queridos entre las hojas del libro d
oraciones ó adheridas al perfumado paquete de cartas
adoradas; muy pocas son las que en el breve espacio
del alba al crepúsculo, consiguen ir á poder de quien
las ame y las tenga cariño; y así las mujeres, que son
vuestra vida y gala del mundo y encanto de vuestr
existencia, nacen y mueren ó ultrajadas ó no comprendidas, que son sus corazones como las flores, nacidos
para el amor y destinados al que los juzga en ménos; la
más delicada es para el más grosero, la más honesta para el más libertino, la más ideal para el más material, la
más inocente para el más celoso. Bien hayan los seres
que se buscan sin conocerse, que se encuentran para
adorarse, que firman sus esponsales con la primera mirada y que aseguran toda una existencia feliz en la
primera elocuente sonrisa! (Llorando.)

CARLOS. Oh, si! Sí, Genoveva, tienes mucha razon, pero el corazon es un niño caprichoso y mal aficionado... Á veces uno se encuentra en el mundo con una mujer que parece convidarle á olvidarse de la que le quiere con el alma; el hombre, en tal caso, es siempre vanidoso y se paga de cualquier cosa. Siempre halaga encontrar una mirada que responde á la nuestra, pero la verdad es que quien tiene un millon en su casa merece perderlo cuando va á buscar un ochavo fuera.

GENOV. Sí que lo merece.

CARLOS. ¡Ah! Verdad? Vas á ser franca conmigo, Genoveva. Ya ves que yo no quiero ocultarte nada. Tú, tan buena, tan pura, tan angelical, has sentido el deseo de la venganza...

GENOV. No.

CARLOS. Por qué has de negarlo? Has encontrado esta carta, acaso no hacia mucho tiempo que algun hombre te habria dicho: Cárlos no merece que usted le quiera. Yo la estimo á usted más que él, yo la amo á usted con más pasion, con más lealtad, con más nobleza, en fin, esas cosas que dicen todos los pretendientes de las

mujeres casadas, verdad, Genoveva?

GENOV. No. (Con extrañeza.)

CARLOS. (¡Obstinada en negar!) Si no he de reñirte! Si estoy seguro de que no ha habido más que algunas palabras cambiadas en un salon ó cuatro renglones enviados á tiempo; si yo merecia todo eso; habla, dímelo todo, yo te lo suplico, dímelo todo!

GENOV. Qué quieres que te diga?

CARLOS. La verdad, toda la verdad, porque así como tú no puedes creer que yo ame á otra mujer, yo no puedo creer que ames á otro hombre. Verdad que no, vida mia. verdad que no ha sido más que un momento de ira, un relámpago de celos? Yo comprendo esa ráfaga de rencor, yo adivino ese momento que un hombre de mundo sabe aprovechar cuando está en pormenores. Acaso ayer mismo, á poco de sorprender tú esta carta, le encontraste en la calle y te saludó más atento que nunca. Acaso tus amigas... Habla, Genoveva, por Dios, habla por piedad, que me estoy muriendo de pena!

GENOV. Pero qué estás diciendo? Qué discursos son estos? No entiendo una palabra! Si parece que estás haciendo una comedia!

CARLOS. No entiendes, verdad?

GENOV. No.

CARLOS. Eso quiere decir que insistes en negar?

GENOV. Negar qué?

CARLOS. Que acaso es tarde...

GENOV. Pero hombre!

CARLOS. En ese caso yo haré lo que deba, y ya que soñando eres más franca que despierta, yo buscaré á tu Federico de tu alma y le arrancaré la vida como él á mí la honra!

GENOV. Já! já! já! já! já! já!

CARLOS. Se rie!

GENOV. Já! já! já!... grrr! (Es preciso que Genoveva ria de una manera extraordinaria; que se deje caer en una silla, que se levante para cambiar de postura, que haga, en fin, todo lo que haria una per-

sona desternillándose de risa.)

CARLOS. (Irritado.) Genoveva!!

GENOV. Pero hom... grrr! grrr!

CARLOS. Ah! mísera... (Dirigiéndose á la mesa como para coger un cuchillo. Genoveva da un grito. En este momento aparece el Doctor en el umbral de la puerta, y dice.) ¿Qué es eso, hombre! (Cárlos se detiene.)

ESCENA V.

GENOVEVA, CÁRLOS, el DOCTOR.

Hay unos momentoo de silencio. Genoveva mira con desprecio á Cárlos. El Doctor va acercándose despacio hasta colocarse entre marido y mujer, y despues los mira alternativamente.

CARLOS. (Á Genoveva.) Déjanos. (Genoveva se marcha. Cárlos se vuelve de espaldas con cualquier pretexto; para ir á sentarse, por ejemplo. Genoveva, ya en el umbral de una de las puertas laterales, se vuelve, va corriendo de puntillas hácia Cárlos, y cuando está junto á él, que no la ha visto venir, le dice con mezcla de ira y de burla.)

GENOV. Tonto! (Cárlos se vuelve furioso para abalanzarse sobre ella. El Doctor le sujeta. Genoveva se marcha corriendo.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, el DOCTOR.

DOCTOR. Para esto me han llamado ustedes? Pues más procedente hubiera sido avisar al alcalde de barrio!

CARLOS. Doctor, querido Doctor, seria inútil ocultarle á usted que la paz de mi casa se ha concluido.

DOCTOR. Sí, pero lo peor es que se ha concluido como el rosario de la Aurora.

CARLOS. Por favor...

DOCTOR. Unas personas tan distinguidas... un matrimonio tan bien reputado, ustedes, en fin, que nunca han dado que hablar... andando poco ménos que á la greña? Qué demonios ha pasado aquí?

CARLOS. No lo sé.

DOCTOR. Pues hijo, pregúntemelc usted á mí.

CARLOS. Á usted y á todo el mundo se lo preguntaria.

DOCTOR. Qué cosa tan original! (Riendo.)

CARLOS. Doctor, hace cinco ó seis meses que nos conocemos, y aunque, efecto de mi buena salud, nos hemos visto poco, sé que puedo confiarle mis penas. Nuestro médico es como nuestro confesor, se le puede hablar claro.

DOCTOR. Vaya, hombre, hable usted.

CARLOS. Usted ha visitado á mi mujer con frecuencia, no es cierto?

DOCTOR. Mucho.

CARLOS. Bueno. Qué opina usted de mi mujer?

DOCTOR. Eh! (Sorprendido.)

CARLOS. La verdad! Yo necesito en este momento verdades y no excusas. Le agradeceré á usted mientras viva esta prueba de confianza.

DOCTOR. Conque usted quiere saber...

CARLOS. Sí; quieró saber cómo juzga usted á Genoveva.

DOCTOR. Yo...

CARLOS. No me incomodaré, hable usted sin reparo.

DOCTOR. Qué opino yo?

CARLOS. Qué opina usted.

DOCTOR. (Despues de un momento de reflexion.) Pues señor, que me gusta mucho!

CARLOS. Señor mio, creí que hablaba con una persona formal.

DOCTOR. Pero ¡canastos! si no le entiendo á usted! Me hace usted unas preguntas tan raras!...

CARLOS. Lo diré más claro. Cree usted que Genoveva es capaz de ponerme en evidencia?

DOCTOR. Hombre, qué disparate! Ahora salimos con eso? Bien dice ella, que es usted todo nervios!

CARLOS. Dice eso?

DOCTOR. Sí, y tiene razon. Usted es de esas personas impresionables en extremo. No hay más que mirarle á usted á la cara.

CARLOS. Pero...

DOCTOR. El otro dia estuve yo aquí y habia un caballero de visita...

CARLOS. (Interrumpiéndole bruscamente.) Cómo se llama?

DOCTOR. No sé.

CARLOS. Usted lo sabe!

DOCTOR. Yo?

CARLOS. Usted lo sabe! (Irritadísimo.)

DOCTOR. Hombre, acuéstese usted inmediatamente!

CARLOS. (¡Qué tormento, señor, qué tormento!)

DOCTOR. Cuidado con usted!

CARLOS. Qué decia ese caballero?

DOCTOR. Decia: Quién tuviera una esposa como usted!

CARLOS. Cómo yo?

DOCTOR. Como ella! (Incomodado al verle tan distraido.)

CARLOS. Decia eso?

DOCTOR. Y todo el que la conoce.

CARLOS. Y usted cree...

DOCTOR. Yo creo que es un ángel.

CARLOS. Quién, el caballero?

DOCTOR. Ella!!

CARLOS. Á mí no me dé usted voces!

DOCTOR. Ea, abur!

CARLOS. Espere usted! (Cogiéndole de los faldones.) Espérese usted por caridad...

DOCTOR. Pero amigo mio...

CARLOS. Sépalo usted, la he sorprendido hablando de eso!

DOCTOR. Hablando de eso?

CARLOS. Sí.

DOCTOR. Hombre, y qué es eso?

CARLOS. Sus amores! Su pasion disimulada, su...

DOCTOR. Tá! tá! tá! Pero criatura, usted ha visto algo?

CARLOS. Casi...

DOCTOR. Toma toma, si fuera uno á fiarse de casis...

CARLOS. Ay amigo mio, cómo se conoce que á usted no le han pasado nunca estas cosas...

DOCTOR. Efectivamente, pero es que yo tengo una gran confianza en mi mujer; porque desengáñese usted, en el

matrimonio no hay término medio, ó se casa uno convencido ó no, ó se tiene confianza ó no se tiene. Para vivir en perpétua zozobra no vale la pena de unirse á una mujer por toda la vida.

CARLOS. Pero es que á veces...

DOCTOR. Y ahora le diré á usted otra cosa; no hay nada peor que empezar con estas tonterías. Toda sospecha infundada es ofensiva, y cualquier mujer lastimada en su honra, llega á decir un dia: pues señor, si de todas maneras le parezco culpable, prefiero que tenga razon! Esto se cae de su peso.

CARLOS. Doctor, yo he oido algo.

DOCTOR. No puede ser.

CARLOS. Ademas ella está celosa.

DOCTOR. Pues entónces, aquí del proverbio; no la hagas y no la temas.

CARLOS. Y ademas...

DOCTOR. Y ademas, es imposible que piense ahora en nada.

CARLOS. Y por qué?

DOCTOR. Porque tiene bastante en qué pensar.

CARLOS. No importa.

DOCTOR. Importa mucho. No piensa más que en su estado. No piensa más que en el hijo que Dios la envía. (*En este momento aparece Genoveva en el umbral de la puerta.*) Todo el dia de ayer estuvo pensando en que si es un niño se llame Federico!

CARLOS. Eh! cómo? Eh! Ah! Doctor de mi alma! (*Le da un abrazo.*)

DOCTOR. Cuidado!

CARLOS. Doctor de mi vida! (*Abrazándole sin cesar.*)

GENOV. Pero hijo, qué tonto, qué retonto, qué retontísimo eres! (*Abrazándole.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA, CÁRLOS, el DOCTOR.

CARLOS. (*Arrodillándose y muy compungido.*) Genoveva!

GENOV. (*Imitándole de la manera más cómica.*) Genoveva! Huum!

(Transicion.) Con quién habia de soñar sino con el hijo de mis entrañas!

DOCTOR. Pero qué quiere decir esto?...

CARLOS. Nada, Doctor, que la oí soñar y decia: Federico! Federico mio!

DOCTOR. ¡Le parece á usted! Si es usted un niño.

GENOV. Un niño mal acostumbrado.

DOCTOR. Pues si uno se alarmara por tales simplezas! Anoche soñaba mi mujer á voces, y decia: Pelin! Pelin!

CARLOS y GENOV. ¿Eh?

DOCTOR. Ya ve usted! Parecia esto un apellido.

CARLOS. Y no lo era?

DOCTOR. No; luego me ha dicho ella quién es Pelin...

GENOV. y CARLOS. Y quién es? Quién es?

DOCTOR. Un perro de aguas. (Genoveva se echa á reir.)

CARLOS. (La muy insolente!) Pues ya no soñará más con él.

DOCTOR. Por qué?

CARLOS. Porque Pelin es el perro faldero de una amiguita mia y ha muerto para el mundo.

DOCTOR. Já! já! já! já! Ea, que ustedes se diviertan! Que aprenda usted de mí, y no sea usted bobo!

CARLOS. Gracias, gracias.

ESCENA ULTIMA.

GENOVEVA y CARLOS.

GENOV. No te avergüenzas, pícaro?

CARLOS. Genoveva, vida de mi vida, Federico será de hoy más el lazo de eterna union entre tu corazon y el mio!

FIN DEL PROVERBIO.



OBRAS DE EUSEBIO BLASCO.

La mujer de Ulises. (Tercera edicion.) .... En un acto en verso.
La tertulia de confianza. En tres actos en verso.
El jóven Telémaco. (Cuarta edicion.) .... Zarzuela en dos actos en verso.
Un jóven audaz........... Juguete en un acto en verso.
El amor constipado...... En un acto en verso.
El vecino de enfrente. (Segunda edicion.).......... En un acto en verso.
La suegra del diablo.... Zarzuela en tres actos en verso.
Pablo y Virginia........ Zarzuela en dos actos en verso.
Los novios de Teruel..... Zarzuela en dos actos en verso.
Los caballeros de la tortuga................ Zarzuela en tres actos en verso.
El oro y el moro....... Comedia en un acto. en verso.
Los progresos del amor.. Zarzuela en tres cuadros, en verso.
La señora del cuarto bajo. Pasillo cómico, en un acto y en verso.
El pañuelo blanco....... Comedia en tres actos en prosa.
No la hagas y no la temas. Proverbio en dos actos en prosa.

LIBROS.

Una señora comprometida.
Del amor y otros excesos.
Cuentos alegres.
El libro del buen humor.
Arpegios.
Del Suizo á la Suiza.
La camisa de un hombre feliz.
La farsa religiosa.



PUNTOS DE VENTA Y COMISIO

PRO

DIA

Albacete.	R. S. Pérez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. é Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
M...	
Mała	
Mond	
Montil	
Murcia.	...cat.
	...arion.
Ocaña.	...alvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Bucela Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Greus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

